

DIVAGACIONES DE AZORIN

I

Elogio del Romancero.

Romances, viejos romances, centenarios romances, romances populares: ¿Quién os ha compuesto? ¿De qué cerebro habéis salido y qué corazones habéis aliviado en tanto que la voz os cantaba? Los romances evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las viejas ciudades castellanas, de las callejuelas, de los caserones, de las anchas estancias con tapices, de los jardines con cipreses. Estos romances populares, tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos o cantados en el taller de un orfebre; en un cortijo, junto al fuego, de noche; en una calleja, a la mañana, durante el alba, cuando la voz tiene una resonancia límpida y un tono de fuerza y de frescura. Muchos de estos romances son artificiosos y pulidos. Os conocemos: vosotros habéis sido escritos por algún poeta que ha querido mostrar en ellos su retórica, su lindeza y su elegancia. Otros breves, toscos, tienen la hechura y la emoción de la obra que ha sido pensada y sentida. Estos romances "populares", ¿los ha compuesto realmente el pueblo? ¿Los ha compuesto un tejedor, un alarife, un carpintero, un labrador, un herrero? O bien, ¿son estos romances la obra de un verdadero artista, es decir, de un hombre que ha llegado a saber que el arte supremo es la sobriedad, la simplicidad y la claridad?

Romances caballerescos, romances moriscos, romances populares: a lo largo de vuestros versos se nos aparece la España de hace siglos. Entre todos los romances amamos los más breves. Son estos romances unas visiones rápidas, sin más que un embrión de argumento. Han podido ser estos romances concebidos por un hombre no profesional de las letras. Los otros, más largos, más complicados, revelan un estudio, un artificio, diversas manipulaciones y transformaciones, que han hecho que la obra llegue a ser como hoy la vemos.

Aquellos son a manera de una canción que se comienza y no se acaba; algo ha venido a hacer enmudecer al autor; algo que no sabemos lo que es, y que puede ser fausto o trágico. Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido, ¿qué hubieran podido ser y a dónde hubieran podido llegar? Estos romances breves reflejan un minuto de una vida, un instante fugitivo, un momento en que un estado de alma que comienza a mostrársenos, no acaba de mostrársenos. Tienen la atracción profunda de un hombre con quien hemos charlado un momento, sin conocerle, en una estación, en una antesala, y a quien no volvemos a ver; o el encanto —inquietante y misterioso— de una de esas mujeres que, no siendo hermosas, durante unas horas de viaje comenzamos a encontrarles una belleza apacible, callada, que ya durante tiempo, desaparecida esa mujer en el remolino de la vida, ha de quedar en nuestra alma como un reguero luminoso...

II

Evocación de Gonzalo de Berceo

Desde la ventanilla de la celda se ve el paisaje fino y elegante. Se ven unos prados verdes, aterciopelados, un riachuelo que se desliza lento y claro, y un grupo de álamos que se espejean en las aguas límpidas del arroyo. Dentro, en la celdita blanca, un monje escribe versos. Ahora se halla pintando un paisaje. Este paisaje es verde y bien sencillo; está de flores bien poblado; las flores exhalan su fragancia; claras fuentes manan de las peñas: en verano, bien frías; en invierno, calientes. Hay en la campiña, destacando sobre el cielo azul, rotundidades de arboledas; acá y allá, como fugitivos de los macizos de árboles recios y seculares, como temerosos de ellos, aparecen, delicados y sensitivos, los granados y las higueras: los granados, con su tronco retorcido y sus encendidas florecillas, y las higueras, tan medrosas al frío y tan gustadoras de la humedad; los granados, erigidos en lo alto de una loma, como atalayando curiosamente el horizonte; las higueras, replegadas, encogidas con su tupido follaje, en el fondo húmedo de una cañada. Otros muchos frutales se descubren en las huertas y repajos. De la campiña —singularmente en la hora del crepúsculo vespertino— asciende hasta la celdita de este monje un suave, gratísimo aroma. ¡Qué bien se está aquí! Y ¡qué

agradable es, después que se ha escrito un gran rato, paladear, frente a este paisaje, un vaso de buen vino, del vino claro, ligero y oloroso de estas campiñas!

III

El Arcipreste de Hita.

Querido Juan Ruiz: sosiega un poco; siéntate; las gradas de este humilladero, aquí fuera de la ciudad, pueden servirnos de asiento durante un momento. Has corrido mucho por campos y ciudades y todavía no te sientes cansado. Tu vida es tumultuosa y agitada; quien te vea por primera vez sin conocerte, dirá sin equivocarse cómo eres, cuál es tu espíritu, lo que deseas y lo que amas. Tienes la cara carnosa y encendida; en la grosura de la faz aparecen tus ojos chiquitos, como dos granos de mostaza. La nariz, recia, una nariz sensual, avanza como para olfatear olores de yantar o de mujer. Tu pestorejo revela obstinación y fuerza. Y ¿dónde dejamos los labios? Tus labios, Juan Ruiz, son el complemento de esa nariz recia y sensual: son unos labios gordos, colorados, que parecen estar gustando a toda hora mil gratísimos gustores. Has corrido mucho por la vida y todavía te queda que correr otro tanto. Descansa un momento aquí, en la serenidad de la tarde. Allá en lo alto se yergue la ciudad —Segovia—; de esta ciudad tú has dicho que has estado en ella y que en ella no has hallado pozo dulce ni fuente perennial: non fallé pozo dulce ni fuente perennial. ¿Qué querías decir con esto? ¿Es simbólico lo que has dicho? ¿Querías tú expresar la tristeza que sientes al no encontrar en la vida un poco de reposo y de olvido? Pero el reposo y el olvido no son para ti; tú necesitas la animación, el ruido, el tumulto, el calor, las sensaciones enérgicas; los placeres fuertes; tú necesitas ir a las ferias, estar en compañía de los estudiantes disipadores, tratar a las cantarinas y danzaderas; tú necesitas exaltarte, enardecerte con las músicas, los cantos amorios, las alegres comilonas. El silencio, la paz, el recogimiento íntimo, la emoción delicada y tierna no son para ti. Tú no aspiras a eso tampoco. ¡Ya ves! Ahora, en estos momentos dulces y melancólicos de la tarde que muere, frente a la ciudad, en el sosiego de la campiña, tus ojos no recogen toda esta poesía delicada y profunda; tus ojos —¡oh querido Juan Ruiz!— van hacia aquel caserón que se columbra allá arriba; hacia aquel caserón, adonde tú dirigirás tus

pasos esta noche, y en que tú sabes que hay unas lindas mujeres que cantan y danzan maravillosamente.

IV

Jorge Manrique.

Jorge Manrique... ¿Cómo era Jorge Manrique? Jorge Manrique es una cosa etérea, sutil, frágil, quebradiza. Jorge Manrique es un escalofrío ligero que nos sobrecoge un momento y nos hace pensar. Jorge Manrique es una ráfaga que lleva nuestro espíritu allá, hacia una lontananza ideal. La crítica no puede apoyar mucho sobre una de estas figuras; se nos antoja que examinarlas, descomponerlas, escrutarlas, es hacerlas perder su encanto. ¿Cómo podremos expresar la impresión que nos produce el son remoto de un piano en que se toca un nocturno de Chopin, o la de una rosa que comienza a ajarse, o la de las finas ropas de una mujer a quien hemos amado y que ha desaparecido hace tiempo, para siempre?

La mujer que vestía estas ropas, que acabamos de sacar de un armario, ha iluminado antaño nuestra vida. Con ella se fue nuestra juventud. Ni esa mujer ni nuestra juventud volverán más. Todos aquellos momentos, tan deliciosos en nuestra vida, ¿qué fueron sino rocíos de los prados?

Rocíos de los prados, ha dicho el poeta. Otro poeta —Villon— había mostrado también una honda tristeza al preguntar dónde estaban las nieves de antaño. Ni los rocíos ni las nieves de antaño vuelven. Un tercer poeta, en nuestros días, uno de los raros poetas, de honda emoción —Verdaguer—, había de hacernos experimentar del mismo modo una abrumadora tristeza al preguntar en su magnífico poema *Recorts y somnis*, dónde están nuestras pasadas alegrías y nuestros compañeros de la lejana adolescencia;

¿Ahon sou, mes companyones?

¿Ahon sou, mos companyons?

V

Las rosas de Góngora.

Rosas de España; las rosas que ha amado Zurbarán; las rosas que Velázquez ha puesto en la fina mano de alguna de sus infantas;

rosas que crecen en jardines abandonados; rosas —pálidas— que en los días del otoño, cuando va finando la estación, se deshojan a lo largo de las alamedas, en tanto que, de lo alto, caen lentamente las hojas amarillas... El poeta ha querido cantar las rosas. Tienen las rosas de España un atractivo singular; en otros países, tal vez las rodea un ambiente de suavidad, de vaguedad y de dulzura; sus colores son discretos y su fragancia se exhala suave. En España, bajo el cielo radiante y azul, en una atmósfera de energía, de violencia y de impulsividad, las rosas ponen con sus amarillos, sus blancos y sus rojos, una nota de apasionamiento y de emoción. Al pie de los cipreses centenarios, las rosas se abren espléndidas; contrastan sus notas con los viejos muros de los caserones seculares; en los conventos, en los jardines de los monasterios —todo silencio y paz— las rosas, cortadas blandamente, van desde la luz plena a la penumbra de la iglesia en que brilla, día y noche, una lucecita; día y noche, durante siglos.

Rosas de España, rosas que el recio pintor Zurbarán amaba: don Luis de Góngora ha querido pintaros en catorce versos henchidos de emoción. No sabemos cuándo Góngora escribió este soneto; pero nos place ver al poeta ya un poco viejo, pobre, amargado por las adversidades de la vida. ¿Se acordaba de su Córdoba cuando escribía estos versos? ¿Veía, sobre la frescura del panorama de la Serranía, brillar una rosa encendida que se inclina sobre su tallo? ¿Era para él la rosa símbolo del breve esplendor del poeta, que tiene un momento de inspiración, de plenitud, y luego acaba en la sombra y en el olvido? Ayer naciste y morirás mañana —escribe Góngora—. Para tan breve ser, ¿quién te dio vida? En una estancia, sobre una mesa, puesta en un búcaro, hay una bella rosa; en las paredes se ven los retratos de guerreros y de teólogos; un libro de Garcilaso o de Cervantes reposa junto al jarrón en que la rosa luce.

Entra un rayo vívido de sol por la ancha ventana. La rosa alcanza, en este minuto supremo de su vida, su plenitud. Unas manos finas y blancas la han cogido; unos ojos claros y verdes —como los de Melibea, como los de Dulcinea— la han contemplado; un instante sus pétalos fragantes han rozado una boca y una nariz sensuales y ávidas. Luego la rosa ha sido puesta en el búcaro de cristal. En la estancia reina la paz, y los teólogos y los guerreros miran desde sus marcos.

¿Para vivir tan poco estás lucida, y para no ser nada estás lozana? Este minuto en que la rosa brilla y aroma, ¿qué es en la eternidad del tiempo? Minuto de 1600, o de 1800, o de 1900; minuto en que en estas paredes de la sosegada estancia acaba de ser colocado un cuadro de Velásquez, o una escena de Goya, o un paisaje de Beruete; minuto en que unos ojos han leído una poesía de Garcilaso, o de Chénier, o de Samain; minuto en que ha resonado en el callado ámbito una dulce música de Salinas, o una trágica sonata de Beethoven; minuto en que la emoción humana ha llegado a lo más delicado y lo más intenso, ¿qué representas tú entre las dos eternidades que nos ciñen y aprisionan en lo pretérito y en lo futuro, las dos eternidades del pasado y del presente? Dilata tu nacer para tu vida, que anticipas tu ser para tu muerte. Así escribe el poeta. No importará nada, sin embargo, el dilatar ese nacer. No se adelantará nada con perdurar en el limbo de la vida. El limbo de la vida es tan fugaz como la vida misma. Entremos en la vida resueltamente. Seamos en ella lo que nuestro ser quiere —espontáneamente— que seamos. Podrán pasar los mundos y podrán dilatarse el tiempo en sucesión interminable de siglos y siglos. Pero este minuto en que la rosa —cortada por bellas manos— luce y perfuma en su búcaro de cristal, frente a un retrato de Velásquez, en una estancia en que han resonado las armonías de Beethoven, este minuto es lo más alto, lo más fino y lo más exquisito de la civilización humana. No sabemos lo que podrá producir el tiempo en su corriente inacabable: mas este instante, tan fugitivo, tan alado, es la flor maravillosa —¡oh hombres!— de la pretérita eternidad...

Rosas; rosas encendidas de España; rosas que amaba Zurbarán; rosas que en las tardes del otoño que acaba se deshojan al pie de los cipreses...

NOSTALGIA

La nostalgia es como la voz del pasado, que cruza sobre los días que fueron y llega hasta esta hora silenciosa, marchitando la fugaz alegría; cuando se acerca en la soledad, el alma se calla para escucharla y apenas se entrecierran los labios, musitando las canciones felices de otros tiempos.

Si el alma no fuera eterna, si el tiempo no pasara tan de prisa, no nos sería dado abandonarnos y perdersnos entre su niebla transparente, ni a través de ella vislumbraríamos el esfumado ayer. El presente es melancólico, ambiguo y oscuro el porvenir, amarga la acción que desvirtúa los bellos propósitos; pero en el pasado se encuentran los dulces momentos que ansiamos perpetuar para siempre; sin embargo, pasa el tiempo, y su curso incansable apenas nos deja gozar este poco de eternidad que arrastró su corriente desde el infinito.

Si fuera la nostalgia un sentimiento negativo, como la amargura, la desesperación o esta falta de curiosidad que produce el hastío, nuestro espíritu varonil se cerraría quizás ante su música enervante; pero es tan dulce sentirse inopinadamente triste, pasar a la orilla del atardecer y ver que las últimas luces no se detienen en los ojos, sino que penetran en el alma e iluminan sus rincones más misteriosos y nos dejan entrever entre la belleza algo más bello todavía; sentir que en lo más íntimo del alma cabe toda esta tarde tranquila y límpida, con su incomprensible inmensidad, y pensar con dolor y con alegría que el espíritu humano es tan inconmensurable, que no le basta esta placidez que nos produce la naturaleza, sino que recoge todas las dulces memorias que las horas nos dejaron en isus más preciosos instantes, para saciarse de infinita felicidad.

Lo más bello de la nostalgia son sus matices llenos de espiritualidad, de los colores más alucinantes, de las líneas más puras, de la sig-

nificaciones más perdurables, despojados definitivamente de todo aquello que lleva el signo de la caducidad; en ella, todo lo desagradable, lo despacible, lo fastidioso, ha desaparecido bajo la luz inefable del alma, que escoge casi siempre para sí lo más valioso y lo más puro.

A través de los años las cosas se hacen bellas, porque la memoria sólo guarda las dichas memorables para evocarlas en los momentos más destacados, en los instantes de mayor plenitud. La nostalgia siempre ha revelado la vida oculta y perdurable, la verdad indeficiente, el real significado de las cosas, los anhelos más íntimos del alma y los caminos seguidos ineludiblemente por el espíritu. No puede ser por eso aborrecible un sentimiento que nos revela la faz más luminosa de las cosas, aquella que está del lado de lo infinito y que ha inspirado el pensamiento de muchos, que vivieron en ese sueño de nostalgia: con la mirada vuelta hacia el horizonte, lanzaron sus palabras armoniosas y éstas han vuelto produciendo en el corazón entrañables resonancias. ¿Quién no ha soñado escaparse en este momento e irse en fuga hacia el amor, la belleza y la felicidad?

Unamuno decía que los poetas expresaban su anti-yo, cantando las dichas que no poseían, como una compensación de la ausente ventura. Todos hemos llorado alguna vez sobre las ruinas queridas y a todos nos han torturado imágenes adorables. "No hay un dolor más grande, que acordarse del tiempo feliz en la miseria", cantaba Dante desde el Infierno, mirando a muchos condenados, retorcerse más terriblemente bajo el peso de los gratos recuerdos, que bajo las ardientes llamas purificadoras.

Y ese ha sido un mismo ritornelo, que se repite en muchos versos y que solloza entre la música de muchas canciones; ha sido como el motivo de una fuga prodigiosa, que envuelto en infinitas variaciones se precipita hacia la eternidad. Un poeta italiano exclamaba: "Oh!, cómo atormenta a un alma apasionada, el recordar en días de amargura, dulces memorias de un tierno amor"; cadencia que se repite casi idéntica en aquellos versos de Musset, que tradujo tan admirablemente Belmonte Müller: "Oh mortal, aprende esta sentencia dura, no hay un dolor más hondo, que un recuerdo feliz en la amargura."

Ante el contraste de lo ideal, bello siempre y la dura realidad, las almas delicadas y sensibles, vuelven los ojos hacia el interior,

que ha depurado y aquilatado la esencia de los días; cuando no hay recuerdos encantadores, el poeta espera en un mundo que le compense el cruel sufrimiento de lo pasajero. "En vano busqué la princesa — que estaba triste de esperar; — la vida es dura, amarga y pesa; — ya no hay princesa que buscar."; comprendió Darío que ese reino de felicidad se aleja como un borroso espejismo: ante nuestros pasos ansiosos y volvió el pensamiento nuevamente al pasado, en una dolorosa confesión: "Pero a pesar del tiempo terco, — mi sed de ayer no tiene fin; — con el cabello gris me acerco — a los rosales del jardín."

Crueldad del tiempo que gusta de prolongar los días fatales y nos arrebatada de golpe los caros momentos. Es esa oposición entre el tiempo de alados pies, que corre indefinidamente y nuestra sed de eternidad lo que produce la nostalgia. Reclinado en la blanda yerba de la isla de San Pedro, contemplaba Rousseau el lago dormido y azul que soñaba con el cielo matinal; en esa dulce calma ambicionaba resumir su vida, atormentada y pesadosa: "Quisiera que este instante durara siempre!", escribía melancólicamente. Pero es también la nostalgia el dolor de haber dejado pasar inadvertidamente los momentos de felicidad, para reflexionar tardíamente con Caro: "Mientras tenemos, despreciamos; — sentimos después de perder; — y entonces aquel bien lloramos — que se fue para no volver."

Es inmenso el valor poético de la nostalgia, de ese recóndito sentimiento de la fugacidad y en el fondo de toda poesía se transparente casi siempre en una íntima ensoñación; no son los poetas, los que han tratado siempre de detener el tiempo, reviviendo en unos versos todo lo más hermoso que vivimos? Mundo misterioso, vida oculta, escondida detrás de todo lo sensible y que nos hace desearlo y amarlo como final ineluctable; es esto lo que nos produce ese "doloroso sentir", que es tormento y placer al mismo tiempo.

Nostalgia, placentero sentimiento que se levanta lentamente del corazón en la tarde apacible; como una niebla se extiende sobre el campo tranquilo y todo lo embellece; el día se extingue, todo pasa y se apaga en el fondo de los ojos; pero todo perdura en el alma y renace más tarde o más temprano, haciéndonos gozar y sufrir. Si en una tarde como ésta no te sintiera otra vez, melancólico sentimiento, la más grande nostalgia sería la de no poder saborearte, dulce y triste canción del infinito!

RECUERDOS DE GUSTAVO FLAUBERT

Nacido en Ruán, el 12 de diciembre de 1821, Gustavo Flaubert tenía entonces veintiún años, cuando le conocí. Era de una belleza heroica. Quienes sólo lo han conocido en sus últimos años, pesado, calvo, con los párpados caídos y el color pálido, no pueden figurarse ni por un instante cómo era, cuando quedamos ambos ligados por una indestructible amistad. Con su piel blanca y ligeramente sonrosada sobre las mejillas, sus cabellos finos y flotantes, su alta estatura, ancho de espaldas, su barba abundante y de un rubio dorado, sus enormes ojos, de color verde marino, abrigados de negras pestañas, con su voz poderosa como un sonido de trompeta, sus gestos excesivos y su risa un tanto ruidosa, parecíase a uno de aquellos jóvenes capitanes galos que lucharon contra los ejércitos romanos. Me imagino que serían así: impacientes, impetuosos, valientes, dominadores, y sin embargo encantadores, porque la violencia aparente era tan sólo el empleo de las grandes fuerzas que la naturaleza les había proporcionado. Gustavo era un gigante, proveniente de Normandía y de Champaña, tenía en sus venas, por uno de sus ascendientes que había venido del Canadá, algunas gotas de sangre iroquesa, de la cual se mostraba orgulloso. Estaba entonces en París para cursar su carrera de Derecho, obediente a la voluntad de su padre, aunque sin ninguna vocación. Seguía los cursos de la Facultad, llevaba su abnegación hasta tomar algunas notas y se indignaba del mal francés que hablaban sus profesores. Sobre las graderías donde se aglomeraban los estudiantes, su manera de vestir lo hacía notar. Aunque sólo fuesen las ocho de la mañana, salía siempre con vestido negro, corbata blanca y guantes blancos. Fue necesaria la experiencia de la vida de París y la persistencia de nuestras burlas, para inducirlo a modificar esta rara manera de vestirse, que lo hacía aparecer como un perpetuo acompañante de bodas. Flaubert era hijo de Aquileo Cleofás Flaubert, director de cirujanos del Hospital de Ruán. Había hecho sus estudios en el Colegio de su ciudad na-

tal, ni buenos, ni malos, intermitentes, según su temperamento, inundados de lecturas que sus maestros nunca hubieran aprobado, ocupándose más de Ronsard que de Virgilio y más de Brantome que de Fenelón. En secundaria, tanto en las clases de retórica como en las narraciones y discursos franceses, había dado prueba de un poderío de estilo y de una amplitud de imágenes que fueron notables. Durante largo tiempo se ha conservado el recuerdo de una de sus frases, él hacía decir a Ricardo Corazón de León: "El árbol de mi familia es demasiado alto para que las abejas de Francia puedan subir hasta allí." El profesor le había felicitado y le había predicho que seguiría los pasos de Villemain. Por esta misma época vivía en la familiaridad de Byron y de Shakespeare, que su conocimiento de la lengua inglesa le permitía leer en el original y Villemain no le parecía un modelo digno de ser imitado. Por esto no le hizo mucha gracia el elogio del profesor.

En el Colegio de Ruán, Flaubert había conocido uno de aquellos amigos exigentes y apasionados, que estaban de acuerdo con su naturaleza. Pertenece a los camaradas de mayor edad que él, y tenía el nombre de Alfredo Le Poitevin. Tanto por su edad como por las calidades de su espíritu sutil, Le Poitevin ejerció una fuerte influencia sobre Flaubert, y esta influencia literariamente fue buena. Le Poitevin decía de sí mismo: "Soy un griego del Bajo Imperio." Se complacía en las discusiones filosóficas y entre los escritores de la antigüedad prefería los de la decadencia; decía ordinariamente: "Daría todas las odas de Horacio por un capítulo de Apuleyo." Escribía y estaba siempre muy poco satisfecho con su obra, la comenzaba de nuevo y enseñaba a Gustavo el arte de ser severo para consigo mismo. Ambos tenían la íntima vocación por las letras y ocultaban aquello como un crimen; sus familias casi no lo sospechaban y deseaban para ellos un puesto de sustituto, que tarde o temprano se convertiría en una silla inamovible de Consejeros, y con tal propósito fueron enviados a París para hacerse juristas. Después de terminar sus estudios en el Colegio y antes de entrar a la Escuela de Derecho, Flaubert había realizado un viaje de aventuras con un viejo amigo suyo, había dormido bajo pinos frondosos, se había bañado en las aguas límpidas del Golfo de Sartene, había comido piernas de venado y sentía mayor vocación por la profesión de aventurero, que por el estudio de las Institutas.

Ya en París, Flaubert se instaló en la calle del Oriente, en un pequeño apartamento luminoso, desde el cual se descubrían los árboles del parque de Luxemburgo. Muy pronto conocí el camino, porque entre Flaubert y yo, la amistad no nació lentamente; al cabo de una hora habíamos intimidado, y era raro el día que transcurría sin reunirnos alguna vez. Lo admiraba muchísimo; su desarrollo intelectual era extraordinario; su memoria era prodigiosa, y, como había leído tanto, representaba para mí una especie de diccionario viviente, al cual tenía el placer y el beneficio de hojear. A esta hora de su existencia, el *Quo non ascendam* de Fouquet, parecía hecho para él. Su salud, que nada había perturbado, le permitía soportar impunemente fatigas excesivas; con gusto pasaba frecuentemente las noches estudiando su derecho, corría durante todo el día, almorzaba en la ciudad, asistía a los espectáculos, mezclaba conjuntamente el placer y el estudio, tiraba el dinero por las ventanas, gastaba un día cincuenta francos en su almuerzo, para vivir al día siguiente de un pedazo de pan y una pastilla de chocolate, salmodiaba la prosa, aullaba los versos, se engullía una palabra que repetía hasta la saciedad, se enamoraba de cosas mediocres en donde adivinaba bellezas invisibles, y otras veces, desdeñando las mujeres que su belleza atraía, venía a despertarme a las tres de la mañana, para contemplar un efecto de claro de luna sobre el Sena... Jamás he visto una exuberancia semejante.

Dos escritores influyeron en Flaubert en una forma decisiva que permanece visible hasta en sus últimas novelas: fueron Chateaubriand y Edgar Quinet. Pero de la obra de estos dos grandes hombres, sólo retenía a *René* y *Ahasvérus*, los cuales sabía de memoria, los recitaba y estaba tan impregnado de ellos que podía reproducirlos sin equivocarse. Hay también un tercer escritor que dejó huella en él, apenas me atrevo a nombrarlo: fue Pigault-Lebrun, que había leído por completo, que le hacía reír y lo hizo inclinar hacia una búsqueda del humorismo, cuyo resultado no siempre fue muy feliz. Se ha dicho de Flaubert que era un realista, un naturalista; se ha querido ver en él una especie de cirujano de las letras que disecciona las pasiones y hace la autopsia del corazón humano; sin embargo él consideró esta opinión indiferente, porque ante todo fue siempre un lírico insuperable. Había llegado a la teoría singular de que la pala-

bra más armoniosa es en todo instante la más justa; a la armonía de sus frases lo sacrificaba todo, muchas veces la gramática misma. De ordinario repetía: "Aquello que se dice casi nunca es nada, la forma como se dice lo es todo, una obra de arte que busca probar algo es nula por sí sola, un bello verso que no significa casi nada es superior a un verso menos bello que significa alguna cosa; fuera de la forma no hay nada; cualquiera que sea el sujeto de un libro, siempre es necesario que hable un bello idioma." Desde el día en que Flaubert ha tomado la pluma por la primera vez, hasta la hora en que la muerte la ha quebrado en sus manos, fue siempre un obrero y un esclavo sublime del arte por el arte.

Estas teorías, nunca quebrantadas por él, me las había expresado con elocuencia en su pequeño salón de la calle de Oriente, después de la lectura de *Noviembre*, su primera novela, mientras el pálido crepúsculo luchaba contra la claridad de las lámparas, porque la noche habíase extinguido y el alba comenzaba. Pasamos juntos aquella velada inolvidable, que ha permanecido presente en mi recuerdo, como si fuese de ayer. Mutuamente nos habíamos contado nuestros proyectos, nuestros planes, como decía Flaubert. En aquellos momentos, Gustavo soñaba con dos obras, cuyo ordenamiento le preocupaba mucho más que sus estudios de derecho. Una de ellas sería una narración oriental, cuyo conjunto se le escapaba aún, y de la cual sólo percibía distintamente algunos episodios, que más tarde habían de cristalizarse en *Salambó*, la otra sería el *Diccionario de las ideas recibidas*, que constaría del agrupamiento metódico de los lugares comunes, de las frases hechas, de los "prudohomismos" que le hacían reír y le irritaban a la vez; el personaje que caracteriza a *Homais* en *Madame Bovary*, y después el falso vocabulario que trata de poner en boca de *Bouvard et Pécuchet*, son una lejana reminiscencia de este extraño proyecto de los veinte años.

(Continuará.)

(Traducciones y paráfrasis de los *Recuerdos literarios de Máximo del Campo*.)

MILAGRO Y POESIA DEL BOSQUE

¿Conocéis los goces que se experimentan cuando se parte para una cacería al romper el alba de un hermoso día primaveral?

Estáis en la escalinata; el color del cielo es todavía un gris sombrío, brillan aún algunas estrellas, corre un viento suave, como una ligera onda; perduran los murmullos discretos y confusos de la noche, están los árboles envueltos en una especie de velo. En el carro se coloca la alfombrita, el tarro de té, el samovar.

Los caballos se estremecen, piafando; una pareja de gansos, apenas despiertos, atraviesan silenciosamente el camino. Detrás de un cerco, el guardián ronca tranquilamente. En la atmósfera fresca no hay un solo sonido que no se incruste nítidamente y quede como grabado.

Os instálais en el vehículo, los caballos arrancan a un tiempo, se pasa frente a la iglesia, se baja la pendiente, luego se dobla a la derecha, junto al dique: el estanque está cubierto de neblinas blancuzcas; sentís frío, os alzáis el cuello de vuestro abrigo. Los caballos atraviesan con gran ruido los charcos de agua, mientras el cochero silba en su asiento.

Poco a poco alumbra la aurora; algunos hilos de fuego surcan el cielo, mientras la niebla se acumula contra los barrancos. Rompe el canto de la alondra, sopla un viento más liviano, el disco purpúreo del sol se eleva más sensiblemente. La luz colorea la cuesta, las colinas, penetra en el fondo de los vallados. Es un derroche de luz, una magnífica armonización de tonos deslumbrantes. El corazón se agita en el pecho como el pájaro en el ramaje; y todo parece decir: alegría, bienestar, dicha. Allá lejos asoma una aldea, después la aldehuela, con su iglesita blanca, y una laguna hacia la cual os dirigís.

Rápidamente sube el sol, límpido está el cielo, la mañana será hermosa. Un rebaño sale de la aldea y viene hacia vosotros. Subís un montículo. Y desde arriba, ¡qué espectáculo! Un río corre, ser-

penetea con un largo de diez verstas, y a través de la nebulosidad que lo cubre aún parece completamente azul. Verdes praderas se extienden a una y otra orilla. A lo lejos, vuelan en círculo las avefrías sobre los esteros. Se oye el ruido de un carro. Es un campesino que viene al trote de sus caballos y busca un camino sombreado. Cambiáis con él un amistoso saludo. Oís el sonido metálico y chillón de la hoz. El sol sube siempre; pasa una hora, dos horas, ya el calor empieza a sofocar; las campesinas remueven con las horquillas el heno que se seca al sol. El calor es horrible. Parece caldearse el cielo, en el aire se condensan vapores tórridos.

—Amigo, ¿dónde hay algo para beber? —preguntáis a un paisano.

—Allí en el barranco, a la izquierda, hay un manantial.

Atravesáis el soto, los plantíos, y descubrís el manantial. Un ramaje de encina se tiende sobre el agua, grandes burbujas plateadas emergen desde el fondo líquido y se rompen en la superficie. Os acostáis al borde, habéis aliviado la sed, y al rendiros la fatiga os quedáis inmóvil. Aquí la sombra está impregnada de olorosa frescura, la vegetación se diría que amarillea. Pero... ¿qué ocurre? Súbitamente un golpe de viento barre los campos, se oye sordo ruido. ¿Es un trueno? El cielo ha tomado un color plomizo. Sí, es una tempestad que se acerca, en la lejanía brilló un relámpago. ¿No habrá tiempo todavía para cazar? Una nube rápidamente se agranda, avanza sombría. La hierba y los árboles se cubren con un velo oscuro. A resguardarse pronto. ¿No habrá un galpón por ahí? Tratemos de hallarlo y refugiarnos bajo su techo. Llegáis justo a tiempo. ¡Qué tormenta! ¡La lluvia, los relámpagos! El galpón no es muy seguro; llueve en él. Pero, en fin, la tormenta dura poco. Salís de vuestro asilo. ¡Gran Dios! ¡Cómo brilla todo alegremente alrededor vuestro! ¡Qué delicado aroma! ¡Qué bien huelen los enebros, los espinos, las fresas, los hongos!

Pero ahora la tarde cae. La mitad del cielo se incendia con la gran luz del crepúsculo. El aire tiene una transparencia de cristal. Allá lejos van descendiendo nubes que parecen todavía caldeadas. Con la ligera humedad nocturna, un tinte rojo sombrío se extiende sobre los follajes, las parvas de heno proyectan sombras que se van alargando. Cuando el sol se ha hundido, una estrella alumbra tranquila sobre el océano rojizo del poniente.

Pero este mar empieza a palidecer, el cielo se oscurece de azul, las sombras se confunden, es de noche y hay que volver a casa.

Salís otra vez, en vuestro coche, a cazar ortegas. Ya estáis en el bosque, Las cimas de los álamos tiemblan, perezosamente se balancean las ramas de los abedules, la encina vigorosa se alza junto al tilo gigante. Seguíis un camino esmaltado de flores, los pájaros gorjean. ¡Qué bien combina el canto de la curruca con el aroma de los lirios silvestres! Nos internamos profundamente en el bosque, donde es mayor la espesura. Una paz y un extraordinario bienestar se apoderan del alma. A un repentino soplo de viento, las altas cimas se remueven y producen algo como un ruido de cascadas. Hierbas vivaces crecen tupidas, aquí y allá, sobre el lecho de hojas muertas el año anterior. Salta una liebre, los perros corren a perseguirla con una fiesta de ladridos.

La selva es hermosa al fin del otoño, cuando llegan las becasinas. En vez de sol, hay sombra, un perfume embriagante y una niebla suspensa allá en la llanura. Se recortan los árboles sobre un cielo azul pálido, hojas doradas añaden belleza al colorido.

Y un día de otoño, con tiempo claro, cuando ha helado por la mañana y los abedules tienden ramas de oro, mientras el sol desciende, pero brilla con resplandor más vivo que en el verano, un bosquecillo de álamos, completamente sin hojas, se inunda de claridad y parece gozoso de su desnudez.

En el río, la corriente azulada acaricia la ribera, trae balanceando gansos y patos y oís el ruido de un molino a la distancia.

También los días brumosos tienen su encanto. No gustan a los cazadores, porque el animal escapa y desaparece en la indecisión de los vapores blancuzcos. Pero todo está tranquilo alrededor, ningún árbol, ninguna hoja se mueve, todo parece reposar con delicia. Una línea negra se tiende, horizontalmente, por encima de la niebla: imagináis que es el cortinado de un bosque. No, ved: es una faja de ajénjo que crece a lo largo entre dos campos.

Váis ya visitar un campo lejano de la estepa. Después de seguir una serie de caminitos llegáis a la gran vía. Pasáis por delante de las posadas, cuyos portones abiertos os dejan ver en medio del patio el brocal del pozo.

Andáis durante horas y horas... Las urracas revolotean sobre los sauces que bordean el camino. Las paisanas, armadas de largos

rastrillos, atraviesan la pradera. Cubierto con un viejo manto, camina lentamente un labriego. Por el camino viene un gran coche señorial; en la parte trasera está sentado un pobre lacayo, salpicado de barro hasta las cejas. Allá lejos hay una ciudad con sus casitas de madera, sus casas comerciales, de ladrillo, y el viejo puente tendido sobre el río... ¡Adelante! Comienza la estepa. En medio de la llanura, algunas lomas cultivadas parecen ondas. Barrancos tapizados de gramilla forman accidentes en el terreno. Algún campanario blanco se muestra en la lejanía. Alegrementemente serpentea un riacho; interrumpe su curso algún dique. Se ven avutardas temerosamente inmóviles. Una vieja mansión refleja sus torrecillas en un pequeño estanque. Seguíis marchando, y al fin llegáis a la estepa, la verdadera estepa, inmensa, sin límites.

En el invierno hay la caza de liebres sobre los montículos de nieve. Temperatura baja, aire glacial. Tiene el cielo un tinte verdoso que hace saltar los árboles rojizos.

Luego, en los primeros días de la primavera, cuando la primavera renace, el sol viene a calentar los campos, a consolar a la pequeña alondra, mientras los torrentes, llenos de espuma, se precipitan de barranco en barranco, con un mugido sordo.

Es tiempo de terminar. Acabo de tocar el tema de la primavera, cuya imagen acude muy oportuna. En la primavera la separación es menos penosa, hasta los dichosos se sienten atraídos hacia los países lejanos, donde hay una naturaleza que sonrío a la fantasía y llama a los viajeros... Adiós, queridos lectores, sed felices siempre.

(Fragmentos de Iván Turguenev.)

AÑORANZAS DE GARCIA LORCA

El frío, acercándose cauteloso a las ventanas de mi habitación, descubrió los cristales de transparentes y caprichosos ornamentos de hielo. A través de hojas, flores y estrellas, que parecen recortadas en terciopelo blanco, los contornos de la ciudad aparecen confusos y algo fantásticos. La ciudad yace tras de mi ventana como una enorme visión gris... Escucho el chirriar de los tranvías, las bocinas de los autos, el pesado caminar de la muchedumbre callejera...

Y de pronto... ¡Ah, sí!... Suena quedamente una cuerda de guitarra y una voz ardiente ahogada murmura:

¡Oh, ciudad de los gitanos!

En las esquinas, banderas.

La luna y la calabaza

Con las guindas en conserva.

¡Oh ciudad de los gitanos!

¡Quién te ve y no te recuerda!

Ciudad de dolor y almizcle

Con las torres de canela.

Y entonces, ¡oh maravillosa varita mágica de la imaginación!, me convierto en un viajero fantástico en el tiempo y en el espacio...

Alguien pasa un enorme pincel por el lienzo gris del cielo que comienza a arder con brillante fuego celeste...

La siluetaafiligranada de otra ciudad, de una ciudad meridional, se alza ante los cristales de mi habitación y un sol agosteoño que ha borrado todas las sombras de la Plaza de Vivarrambla aprisiona en sus lánguidos y ardientes abrazos antiguos edificios de gruesos muros, balcones suspendidos sobre las estrechas hendiduras de las callejuelas, las plateadas copas de los olivos y los naranjos, doblados por el jugo y el aroma de sus frutos cobrizos y rosados...

Es pasado medio día. La hora de la siesta. Todo debe descansar en ese tiempo, para no incitar la ira de los rayos solares. Incluso al viento, más le vale recogerse y esconderse en alguna de las estribaciones de la Sierra, para no quebrantar con su aliento impetuoso la quietud.

Hasta el negro toro, de cuernos afilados, encerrado en el chi-

quero de una plaza, contiene su angustioso presentimiento de la muerte y sus mugidos no cortan el aire de ámbar...

Hasta el Darro y el Genil se inmovilizan en esos momentos igual que veloces caballos de claras crines sujetos por mano férrea...

¿Y los pájaros? A los pájaros también les corresponde dormir entre el follaje verde pálido de los olivos y las ásperas hojas de la higuera...

El viento que se ha desbocado desde las más altas cumbres de Sierra Nevada se extiende por toda Andalucía, irrumpe en las calles de Granada, azuza a rebaños de bueyes pelirrojos envueltos en polvo, quema con su fuego el rostro de los transeúntes casuales y gime, desesperado y fiero, una sola palabra: "¡Federico!"...

Se desbordan el Darro y el Genil; de blanca espuma se cubre su rápido curso que como un gemido lleva en torrente hacia el mar el nombre de Federico...

El toro encerrado en el chiquero hunde su cuerno, agudo y corto, en un fuerte atravesano de roble y su rugido prolongado y amenizador, flota sobre la ciudad de descanso...

"¡Lorca! ¡Lo-o-o-rca!" ruge el negro toro, de ojos encendidos, condenado a la muerte.

Las rosas, que habían inclinado sus cabecitas bajo el sol, se abren, como recientes heridas sangrientas y también susurran el nombre de Federico...

Y las hojas de la higuera arrancadas por el viento y el maduro limón que se desprende de su rama, y la amarillenta hierba llena de polvo, y las antiguas piedras de las plazas y calles, aquí en Granada gritan, pronuncian, cuchichean, susurran, murmuran el nombre de aquél que durante toda su vida supo comprender la emoción del bosque, el poema del follaje y del planeta.

¡Federico García Lorca! Este nombre vuela sobre Granada, sobre Andalucía, sobre toda España en el día agosteano del año de 1936, en que el poeta muere heroicamente.

El poeta tal vez marchaba en medio de los que iban a la muerte, de aquéllos a quienes había cantado sus maravillosas canciones. Llevaba la cabeza orgullosamente alzada, y su negro y brillante cabello refulgía al sol. La blanca camisa desabrochada en el pecho, descubría su fuerte cuerpo moreno, lleno de vida, de fuerza juvenil, de amor...

V. Dimitrievski (De Lit. Int.)

IDIOMA DE LA LLUVIA

La lluvia ha levantado su arpa frente a la ventana del poeta.

Y le acerca jardines. Y le trae su infancia, de la mano, desde un olvidado valle de la memoria.

La lluvia escribe sus memorias en tenuísima mecanografía y recuerda que antes fue nube de silencio y arroyo triscador y río de pecho azul que se llevó los peces y las miradas y el amor.

*Con una lluvia tan fina
que no parece que llueve,
Más bien es como el ensueño
de otra lluvia que florece
en la memoria de todos
callada y súbitamente.*

La lluvia pega su mejilla a los cristales y llama con dedos temblorosos como niña extraviada en la floresta de sí misma.

Y vienen deseos de hacerla entrar y sentarla a nuestro lado y tomarle las manos asustadas y besarle los párpados de agua.

La lluvia cuenta un cuento de Andersen.

Y nos consuela de una pena por venir.

Y enciende una lámpara como una aurora íntima en cada ventana.

Y vagamente nos anticipa los nocturnos sueños.

*Más bien es como el ensueño
del cielo que se desteje
sobre los árboles quietos
del paisaje transparente.*

La lluvia escribe en el aire sus largas eses líquidas.

Y su triste abeja rumorea sin fin... Parece que hubiera de llover eternamente.

La lluvia siembra sus tiernos junquillos.

Y bruñe las hojas. Y moja la voz de las muchachas y les humedece la sonrisa. Y les desdibuja los sueños.

Ha pasado por el cielo el ángel iluminador.

La lluvia relata infinitamente su idéntica historia diferente.

La lluvia balbucea su sonatina colegiala. Y cuelga su tapiz transparente. Y nos dice que sí a media voz.

Un loco viento dobla las espigas de la lluvia, su frágil talle. El viento, escultor minucioso de las muchachas.

El poeta piensa en su amiga, alta y triste como la lluvia. Y en su "tibia mirada cargada de bucles".

Eduardo Carranza

DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Por ESTEBAN JARAMILLO

Señores:

Honrado por el ilustre Rector de este Colegio con el encargo de hacer ante vosotros el discurso de clausura de estudios en el año que expira, he aceptado sin vacilar tan agradable cometido, por múltiples motivos, a cual más obligante. Prescindiendo, si es que puedo prescindir, de la entrañable gratitud que guardo hacia Monseñor José Vicente Castro Silva por las señaladas, repetidas y honrosas muestras de deferencia con que se ha dignado favorecerme, él merece de sobra que sus deseos en bien de la educación pública sean para mí órdenes imperativas e inolvidables, por venir de quien es, por sus excelsas dotes espirituales, su vasta ilustración y su desvelo por la juventud, honra y orgullo de nuestro claustro, dechado perfecto de ciudadanos sin tacha y portavoz esclarecido de la sana filosofía y de las bellas letras. Por otra parte, estoy vinculado al legendario Colegio de Fray Cristóbal de Torres, desde hace largos años, por mi admiración hacia su obra magnífica en la historia de Colombia, y por haber disfrutado del honor de sentarme como profesor en vuestras aulas y como Consiliario al lado de muy ilustres varones.

Y por último, me debo hoy más que nunca, en estas postrimerías de mi larga vida, a la juventud estudiosa, que lleva en su seno los destinos de Colombia, dorado eslabón de la cadena que enlaza el presente con el futuro, surco fecundo donde palpita la semilla espiritual y material de las nuevas generaciones, laboratorio prodigioso que convierte, con la alquimia de la ciencia y del arte, en oro de altos quilates, los bajos metales de la ignorancia y la barbarie, campeón denodado que lleva en alto la antorcha de la cultura para entregarla, encendida y palpitante, a los que la sucedan en los juegos olímpicos de la vida. Esa juventud me trae en el invierno de la vida ráfagas tibias y perfumadas de primavera, que avivan el entusiasmo